SERIE II TEGUCIGALPA, 2 DE NOVIEMBRE DE 1894. NÚMERO 20

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTORY FUNDADOR, F. TURCIOS.

DOS DE NOVIEMBRE

***

Huésped del Setentrión, arrebujado en clámide de brumas y soplando de un modo lúgubre, con sus clarines de plata, los plañideros vientos y las sollozantes brisas, cuyo roce glacial y punzante, hace extremecer los nervios, con excitadora y desagradable impresión; noviembre, el sombrío viajador de todos los años, tan esperado como tenido; el viejo *mes de las hojas muertas*, como han dado en llamarle los poetas tiernos del infortunio doloroso, ha empezado á descargar, sobre el amortecido espacio de nuestro cielo, el tiritador cortejo de su fúnebre prosapia.

Al sentir los presagios de su próxima visita, la naturaleza ha desflorecido todos sus paisajes, preparándose, con su aspecto mustio y desfalleciente, á recibir las conmociones de su devastador contacto. Los árboles con sus ramas de esqueleto, revestidas de amarillentas y vacilantes hojas, se aprestan, ante el rigor de sus inclemencias, á dar el último adiós á sus queridos despojos que el vendabal arrastrará muy lejos. Mortaja de dolor y de tristeza parece que va cubriendo, poco á poco, cuanto, bajo el plomizo horizonte, manifestaba llevar en sus entrañas la savia y el calor exhuberante de la existencia física.

En las pálidas mañanas, á través de las opacas neblinas que parecen cenicientos copos de algodòn, un sol de gualda proyecta escasamente los amortiguados rayos de su anémica luz. Los cierzos gimen, de modo lastimero, azotando los desnudos ramajes, golpeando con furia las vidrieras de las ventanas, agitando febrilmente los holgados sombreros y llevando entre sus alas cuanto no resiste al soplo volteador de sus impulsos. Un frío mortificante invade todos los ámbitos de la atmòsfera, y los transeuntes de la ciudad necesitan, para resguardar sus miembros, cubrirse bien con sus amplios sobretodos ó sus flamantes capas españolas.

Y pasa el triste día, monótono y exasperante, entrecortado á veces por menudas, penetrantes y pasajeras lloviznas. Llega luego la noche y bajo sus luctuosos pliegues se escucha el rugir siniestro de los huracanes desencadenados en las concavidades de los riscos; y ráfagas violentísimas, preñadas de frío más intenso, se retuercen en las calles, haciendo forzosa y de todo punto indispensable la permanencia en casa, de los nocturnos paseadores. El alma parece entonces acurrucarse, abatida y medrosa, en el rincón más escondido del cuerpo. Surgen de allí las veladas en familia á la amorosa lumbre del hogar; y se siente el vivo deseo de las confidencias íntimas, de las espansiones de melancólico pesar, de los recuerdos imborrables y sensibles, y de los raptos de supremas é infinitas tristezas.

Se habla entonces con el corazón en los labios, con la cordialidad sincera de los niños y no se piensa mucho, porque se siente en cambio demasiado. ¡Qué de veces en esas horas de soledad y de abstracción, cuando apenas oímos los latidos de nuestro pecho, nos acomete la duda de haber llorado, porque talvez lo hacemos, sin darnos cuenta, ante una venerada y tristísima memoria, ante una amarga realidad de la desgracia, ante el cadáver de una

ilusión idolatrada mucho tiempo, ò ante el espectro fatídico de un desengaño por venir, que se anuncia ya con sus terrores inexplicables! ¡Cuántas almas que el mundo nunca ve, experimentan, en esas largas horas, los escalofríos desconcertadores que derrumban toda creencia, todo ideal guardado con religioso culto, y ven cerradas, para siempre, las puertas de toda esperanza, y se sienten lanzadas al abismo insondable de penas irredimibles y de sufrimientos ante los cuales es imposible y vano todo consuelo terrenal!

***

Razones sin duda muy poderosas ha tenido la religiòn católica para escoger entre los meses del año, el sombrío mes de noviembre, á fin de designar entre sus días el consagrado á la recordaciòn de los que, habiendo abandonado el campo de los vivos, duermen ya en las heladas fosas del cementerio, el silencioso sueño de la muerte. La naturaleza ha querido en esta época del año hacer una manifestaciòn como de abatimiento y funeral tristeza que el hombre ha sabido interpretar, en consonancia con sus sentimientos, hallando un eco simpático á las palpitaciones de su corazòn é impregnando más, si cabe, en el oleaje del sufrimiento, las entumecidas alas de su espíritu. Noviembre es, indudablemente, el mes clásico de todo lo que gime y lo que llora, de todo lo que expresa un infortunio, de todo lo que revela de algún modo el hielo de la angustia ó del sepulcro.

Por eso el dìa de hoy, que es el destinado en las iglesias á celebrar los ritos fúnebres y á dedicar las religiosas preces en honor de la memoria de los que dejaron de ser y que en otro tiempo compartieron el mundo como nosotros, sentimos embargado el ánimo por un sentimentalismo flébil y dolientemente quejumbroso. Sentimos como si en el aire flotaran los invisibles átomos de seres que nos amaron en vida, cuya ausencia lloramos mucho y cuya presencia en nuestros recuerdos es como la renovaciòn de sollozos que habíamos logrado reprimir, pero que no olvidamos. ¡Es una fiesta tan triste y á la vez tan grande esta del día de difuntos, que nuestra razón se conturba, mientras no cesa de sonar en nuestros oídos la uniforme y temblante sinfonía de las lúgubres campanas con sus lenguas de metal!

Siempre nos ha inspirado el más profundo respeto y la reverencia más sagrada esa sucesiva procesión de señoras y señoritas, elegantes pero enlutadas y tristes, y de caballeros, jòvenes ó ancianos, vestidos de negro y respirando cierta gravedad en el rostro, que portando sendas coronas de ciprés, de adelfas y de siemprevivas, se dirigen en este día á colocar sus fúnebres arreos en las queridas losas ó en los nichos de sus respectivos panteones. ¡Qué de plegarias mudas y de invocaciones misteriosas brotarán de muchos acongojados corazones sobre la tierra misma que cobija las cenizas inanimadas de venerados muertos que viven virtualmente todavía en el regazo del amor, de la gratitud inmensa ó de la ternura indestructible de los que les han sobrevivido!

Los lánguidos cipreses mecerán su sombrío follaje recogiendo talvez entre sus hojas suspiros escapados de sentidoras criaturas sobre el dintel de una querida tumba donde el dolor grabara un epitafio. Los cierzos caprichosos orearán talvez la huella de algunas lágrimas derramadas expontáneamente sobre apartadas y humildes sepulturas. ¡Bienaventurados los muertos que tienen en el mundo quien les rinda esos homenajes elocuentes del imperecedero cariño y del infinito pesar!....No creemos que haya quienes puedan contemplar indiferentes demostraciones tan hondas de dolor y de tristeza. Todos llevamos en el alma algún querido recuerdo, alguna muerta ilusión, algún fúnebre altar ante quien postrarnos de rodillas; y es este el día en que no podemos menos que elevar nuestro pensamiento á Dios y rogar porque veamos algún día al ser cuyo vacío nos abruma, ó rocuperemos la dicha cuyo calváver encierra el corazón, como una cripta funeraria.

J. A. DOMÍNGUEZ.

Tegucigalpa: 2 de Noviembre de 1894.

NOVIEMBRE

—

Siempre es triste noviembre; para mi alma
del año es lo mejor por sus tristezas,
pues semejan sus brumas y sus brisas,
un algo que solloza dentro de élla.
Ella que nunca vió los resplandores
de un sol de mayo en la azulada esfera,
se siente hasta feliz, pues le parece
que el mundo entero su dolor remeda.
Ya marchitas las bellas ilusiones
cual flores que agostara la tormenta,
es dulce y triste ver cual la natura
despójase también de su diadema.
No sé que dulce y sin igual consuelo
el corazón del hombre experimenta
al medir los dolores de los otros
y ver más grandes todos los que encuentra.
Pero los tristes árboles que tienen
secas las hojas y las flores secas,
deben sentir placer cuando los vientos
á lejana distancia las avientan.
Y así quisiera yo para las flores
que el árbol de mi amor secas presenta,
que un huracán viniera y las llevara
á ignoradas regiones de la tierra;
para después, con calma y macilento,
esperar á la hermosa primavera
y ver brotar mis yemas y capullos
llenos de vida y sin igual belleza!

FAUSTO.

1894.

UNA MUERTA

POR G. SARRASIN

(Traducido por E. G. Carrillo)

—

I.

Cuando élla estaba en la tierra....
Yo lloraba en sueños
Soñando que estaba muerta.

H. Heine.

Hermosos ojos que habéis encantado mi alma, vosotros os apagaréis algún día bajo la tierra....Y vuestra mirada ansiosa no volverá á lanzarse sobre el porvenir inexcrutable, porque su vuelo estará encerrado en el ataúd.. Y entonces tampoco os podréis tornar hacia vosotros mismos para entristeceros, ni os podréis oscurecer entre la niebla de la pena.... La paz inmensa, la paz del no ser, la paz de la muerte vivirá en las pupilas de esos hermosos ojos que han sabido encantar mi alma....

Formas graciosas, apariciones frágiles, escalofríos de salud, poder de la belleza, esperanza de vida, vosotros os dormiréis un día bajo la tierra. El Pensamiento Eterno os había llevado un día al fondo de sus antros: y pálida, dulce, bella como el Dolor, vuestro conjunto vivirá en el sitio misterioso sin que ser alguno pueda turbar su sueño de congojas....Flor que vives en el mundo, tú te deshojarás un día bajo la tierra.

Pero antes de desaparecer, despierta un segundo ¡oh tú, pensamiento mío!....Abre tus grandes ojos, lirio adormecido!....Mira florecer el jardín de mi corazón ¡oh rosa!....En vano soplan en las rutas desiertas los vientos fríos del otoño; á mí se me figuran brisas de primavera;—porque mientras tú vivas en la tierra, la primavera vivirá en mi alma....El mundo vive porque tú vives; el alma del universo palpita porque la tuya palpita; todo respira bajo el cielo porque tú eres fiesta y luz..

Pero despierta un segundo ¡oh pensamiento mío!—antes de dormirte bajo la tierra.

II.

Cuando élla estuvo bajo la tierra ...
¡Ay ¡querida, tan largo tiempo muerta!

D. G. Rossetti.

I.

Las flores que hoy te enviamos serán gratas á tu sepulcro, porque el año pasado—¡oh flor dormida para siempre!—tú te marchaste bajo las flores....

II.

Yo he recogido para tí—en un jardín de la lejana aldea donde vivo con tu recuerdo—una magnolia entreabierta. Al contemplar sus grandes pétalos blancos, mis ojos se anublan

y algo de misterioso se desgana en el fondo de mi ser. Teniéndola entre las manos, no me atrevo á tocarla con los labios á pesar de mi deseo....No me atrevo porque en adelante su verdadero propietario es la muerte....

III.

En otro tiempo, cuando tú estabas viva y yo iba á verte, me parecía que el camino de tu morada era la ruta florida del paraíso. Mi cuerpo temblaba y mis nervios vibraban cuando veía el esplendor de tu rostro....Hoy bajo este cielo oscuro que entristece, me figuro que el paraíso se ha perdido en el fondo del universo y que estoy solo en la desierta inmensidad del mundo.....

IV.

Hay ciertos días en que la muerte de tu cuerpo y la de mi alma, me inspiran verdadera compasión, porque la fiesta de la vida suele ser hermosísima. Ah! Si tu pudieras despertar, si tú pudieras resucitar y hacer resucitar mi alma difunta con el bálsamo de tus caricias!....

V.

Yo quería visitar ese país desconocido en donde crece la planta cuyo jugo calma el dolor.

Poco me importa que ahí se trabaje ó no; poco me importa que ahí se beba ó se cante, con tal que el dolor pueda dormir en paz bajo su cielo.

Hoy he visto una sierra llena de árboles de la India, llena de calor tropical y de perfumes penetrantes; pero ese no era el país donde se entierra el dolor....

He contemplado los grandes lagos plateados, he visto los cisnes que volaban con el cuello recojido y las alas abiertas; pero ese espetáculo no ha aliviado mi dolor.

Yo quería, pues, que alguien me indicara el camino que conduce al país donde el dolor se calma.

VI.

Mi alma comienza á recobrar su paz de antaño. Esta noche envidio la suerte de los muertos. Ellos duermen bajo los rayos del sol, bajo los polvos de oro que flotan en el aire, bajo el perfume de las flores que adornan la cubierta de sus lechos marmòreos.

VII.

El sol se pone detrás del cementerio bañando con sus últimos resplandores las cruces de las tumbas. La sombra ha invadido ya un gran barrio de la ciudad de los muertos; el cielo azul se ha puesto blanco; el viento fresco de la tarde sacude las ramas de los cipreses. Mi alma continúa gozando de su tranquilidad, y mi calma es inmensa.

VIII.

Día de los santos:

Hoy es tu día....Y mientras yo pienso en tí, tú duermes bajo una lluvia fría y triste.

La naturaleza se ha vestido de duelo por tí..

¡Duerme, duerme en paz, duerme eternamente! ¡oh, alma mía!

IX.

La estaciòn de las flores ha llegado y las rosas blancas de su tumba van á entreabrirse... pero las rosas pálidas de sus mejillas no se entreabrirán nunca más....

El viento ligero de Abril besará las rosas de su tumba....pero mis labios no besarán nunca más las rosas de sus labios....

X.

Tú me has dicho:

—No me llores, no me compadezcas; yo gozo de la paz eterna y soy dichosa. Soy inconsciente y no sufro; soy alma y me confundo con el eter celeste. Mi cuerpo se ha convertido en tierra y en savia de flor ...No me llores....

XI.

Luego me hablaste de nuevo:

—Consuélate porque yo estaré á tu lado en la eternidad....Yo seré para tí la aparición sin igual, la imagen que velará tus sueños...., Consuélate....,

1883-1886.

III.

EN EL CIELO.

Abril de 1886.

Serafín del cielo
Estrella que brilla en medio
De la tempestad.

Schelley.

Y ahora vives en el paraíso de las almas; resucitaste transfigurada y adorada. Tus hermanas han celebrado tu llegada y te han conducido al lado de Beatriz, la reina de todas. Beatriz se puso de pie é imprimió un beso en tus labios. Su amigo te dió la mano llamándote: "hija mía." Y desde entonces tú vives sentada al lado ellos gozando del Reino del Amor.

DE PROFUNDIS

—

Cayó sobre mi espíritu sombrío
la atrofiadora escarcha de la angustia;
sentí temblar mi corazón de frío
y desprendióse mi esperanza mustia.

Como del bosque las dolientes hojas
al soplo de las ráfagas glaciales,
bajo el sudario gris de las congojas
agonizaron todos mis ideales.

Murieron mis floridas ilusiones
al golpe cruel del desencanto yerto.
y el ángel de mis pálidas visiones
huyó al mirar mi corazòn desierto.

La noche me cubrió con sus tinieblas
dejando triste y huérfana mi vida;
y sumergióse mi alma entre las nieblas
y entre sus limbos oxcilò perdida.

Me abandonó la fe, reliquia santa
de mis primeros años de ventura;
me anonadó el pesar; y ante mi planta
su boca abrió voraz la sepultura.

Poco á poco cesaron los latidos
del pobre corazón agonizante;
y traspasaba el hielo mis vestidos
y azotaban las brisas mi semblante.

Los lúgubres follajes murmuraron
yo no sé que salmodia ó que plegaria;
y todos mis recuerdos se volcaron
como al fondo de una urna cineraria.

Y tuve horror entonces: me ví muerto,
pero vivo á la vez porque sentía;
sólo que estaba cual cadáver yerto
con la horrible visión de mi agonía.

Era el dolor postrer de los dolores
que entre sus garras comprimió mi alma;
era el fúnebre adiòs de los amores
del corazón sobre la muerta calma.

Envano pertinaz luchò mi aliento
con la esfinge fatal: venció la odiosa;
y desde entonces dentro el pecho siento
el frígido contacto de una losa!

J. A. DOMÍNGUEZ.

A MARIA....

UNA FLOR SOBRE SU TUMBA.

—

Cuántas coronas de frescas y perfumadas flores colocarán hoy, en la morada de los muertos, las temblorosas manos de tantos y tantos seres que, arrodillados ante un sepulcro querido, elevan á Dios una plegaria dolorosa por el alma del ser amado á quien no volverán á ver jamás!

Aquèllos que guardan en su corazón, como en un santuario, el recuerdo del ser que ya no existe; aquellos para quienes el tiempo pasa sin dejar en su alma la huella del frío olvido, puede decirse que viven en continua comunicación con los seres que habitan en la eternidad. Y es que el recuerdo lo une todo! ¿Qué importa la ausencia?

Una losa fría guarda los restos de aquellos á quienes en vida consagramos nuestro cariño

y, allí, sobre esa losa, descansa nuestro recuerdo para evaporarse después en amargas lágrimas que llegan hasta Dios. ¡Cuánta soledad, cuánto dolor allí donde los fúnebres cipreses se levantan majestuosos é imponentes, al lado de las tumbas!

Noviembre es el mes de las infinitas tristezas, de las dolorosas reminiscencias: hay algo en él que no se explica y que, tan luego nos hace esperar, como hundirnos en un mar de dolorosos recuerdos.

La ráfaga de aire que modula un triste gemido: el pálido rayo de la luna que, hiriendo las copas de los cipreces, viene á morir sobre una tumba solitaria acariciándola como un dulce recuerdo, todo, todo habla en este mes, de una melancolía dulce, tranquila, como la esperanza acariciada en medio de la desgracia, cuyo ideal se mece en los infinitos espacios de la eterna inmortalidad!

***

¡María! hoy es día de difuntos y todos los que duermen el sueño eterno, tienen derecho á que se les dedique un recuerdo, á que se coloque, sobre su frío sepulcro, una corona como símbolo del cariño.

Yo, que no tengo valor para arrodillarme ante el tuyo, recientemente abierto, te envío, desde mi enlutado hogar, la triste flor de mis recuerdos, marchita por las ardientes lágrimas que arranca, á mi corazón, tu memoria querida.

Aquí, en este triste hogar, en donde se meció tu cuna y en donde, más tarde, exhalaste el último suspiro, está fresco, palpitante tu recuerdo.

Y, cómo olvidarte cuando llevo escrita en el alma la tristísima historia de tu vida!

Recorro con placer sus primeras páginas y te veo, niñita aún, esperar el sonriente porvenir.... Después, ah! después! siento angustiado el corazón al recordar el último adiós que diste á este hogar, para formar, en otra parte, el caliente nido de tus amores, santificado por Dios!

Y fué ayer no más, que te ví ceñirte la corona nupcial!

Eras para mí un depósito sagrado confiado por mis padres al morir, y yo, al traspasarte al elegido de tu corazón, pedí á Dios que te hiciera muy feliz, pedí á mis padres que te bendijesen desde el cielo, porque, al verte con tu blanco traje de desposada, un presentimiento de muerte oprimió mi corazòn.

Y era verdad, María! no me había equivocado! El destino implacable y cruel, te preparaba, en vez de la felicidad soñada por tu virgen corazón, la tumba en que sepultarían se tus ilusiones y tu amor.

Y amaste con delirio!

La terrible demencia en que te hundió la fatalidad no adormeció el sentimiento que dedicabas al ser á que habías consagrado para siempre tu existencia. Todo, todo había muerto para tí, menos el recuerdo del esposo amado para quien eran los únicos momentos de lucidez; las frases tiernas y apasionadas del corazòn que, en medio de las tinieblas, conservaba un punto brillante de amor infinito, de ternuras inagotables.

En tu lecho de agonía, donde más tarde recobraste la razón, crueles dolores consumieron tu juventud y tu belleza, conociéndote bien que pronto abandonarías la vida para remontarte á las regiones de la eternidad. Allí, María, casi olvidaste al hijo por el esposo y, con la voz balbuciente, impregnada de lágrimas, diste el último adiós al que morías amando con todo tu corazón!

***

Veis esa tumba? Es la de mi hermana, la de mi hija querida! Es la tumba de María, de la joven desposada que, ayer no más, se ciñó la corona nupcial!

Está caliente aún!

El tiempo pasará borrando su recuerdo, pero, aquí, en mi corazón, en donde llevo escrita la triste historia de sus desgraciados amores, no morirá jamás!

¡María! ¡María! Cuando te recuerdo tan desgraciada, pienso en la vida real y entonces me consuela la idea de que descendiste al sepulcro con todas tus ilusiones! Sí! Llevaste un grato recuerdo de la vida, porque no saboreaste la ingratitud, las descepciones que élla encierra!

Quién sabe cuántas amarguras te reserva el porvenir! y, ante esta triste perspectiva, mejor es que duermas el sueño eterno de los que no viven más que para Dios!

AMALIA.

Noviembre 2 de 1894.

RIMAS

—

En la imponente nave
del templo bizantino,
ví la gótica tumba á la indecisa
luz que temblaba en los ocultos vidrios.

Las manos sobre el pecho,
y en las manos un libro,
una mujer hermosa reposaba
sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
al dulce peso hundido,
cual si de blanda pluma y raso fuera,
se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa
el resplandor divino
guardaba el rostro, como el cielo guarda
del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
sentados en el filo,
dos ángeles, el dedo sobre el labio,
imponían silencio en el recinto.

No parecía muerta;
de los arcos macisos
parecía dormir en la penumbra,
y que en sueños veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
al ángulo sombrío,
como quien llega con callada planta
junto á la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento,
y aquel resplandor tibio,
aquel lecho de piedra que ofrecía
próximo al muro otro lugar vacío;
en el alma avivaron
la sed de lo infinito,
el ansia de esa vida de la muerte
para la que un instante son los siglos..
.....

Cansado del combate
en que luchando vivo,
alguna vez recuerdo con envid a
aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

GUSTAVO A. BECQUER.

TRISTEZAS

—

¡Qué espetáculo más lúgubre y que triste está todo! Las aves no cantan; los pajarillos no saltan de gozo en las cumbres de los árboles; el sol sale á intérvalos, como que se esquiva á dar de lleno su esplendor, á tan triste y melancòlico aparato.

*

Es que estamos en el día de finados. ¡Qué de recuerdos tristes embargan nuestra mente en este día!

La madre, entre sollozos recuerda el hijo amado, que perdió tal vez por un capricho del hombre, ó que fué, víctima inocente de una traición; la esposa casta, que guarda en su corazòn la fe que prometió á un hombre, al pie del ara del Señor, vestida de crespón negro, llora, contemplando á través de la fría losa los despojos de aquel ser amado y, elevando al cielo, sus ojos humedecidos por el llanto cree ver en él, una alma que le espera en las regiones celestiales, la hermana, el hermano y el amigo: todos lloran, en el día de difuntos por los recuerdos que asaltan nuestra mente, de los seres que formaron parte de nuestro cariño; y que al dejarnos para siempre les consagramos un santuario en nuestro corazón y la ovaciòn de nuestras lágrimas.

Para los seres que sufrimos mucho y que ya el dolor forma una segunda naturaleza en nuestra organización, el día de finados tiene indecibles encantos y misterios; sí; porque en este como en ningún otro; apuramos hasta los bordes la copa del dolor; cada lúgubre tañido de la campana, cada hoja que tiembla, el susurro del viento, todo nos parece que son ayes

de dolor, lamentaciones de pesar; y hasta la menuda garúa tan constante en este día se nos asemeja las lágrimas que brotan de millares de pupilas en el día de los muertos.

*

Vamos al cementerio llevando humildes guirnaldas de flores silvestres, que colocamos en el sepulcro de seres queridos; entramos á aquel sagrado lugar, como si lo hicieramos al templo, donde expuesto estuviera el Divino Sacramento, con religioso respeto y veneración.

Desgraciados de los que no sufren, de aquellos, para quienes el día de finados, es un día de hastío; para los que van al Cementerio por vía de paseo; que penetran á aquel recinto donde duermen el último sueño sus antepasados, sin ninguna veneración, cual si fueran á una plaza de toros; desgraciados de ellos, porque nada existe para esos sereres en la faz de la tierra digno de veneración y respeto, puesto que no lo tienen á los muertos ni en el día consagrado á su recuerdo.

Tegucigalpa, Noviembre 2 de 1894.

MARÍA GUADALUPE REYES.

LA FLOR AMARILLA

Brota de los sepulcros en las quiebras
una olvidada flor que nadie admira
y solitaria vive y dá su aroma
hasta que al fin se agosta y se marchita.

Es una flor, por todos desdeñada
quizá por lo doliente y lo fatídica,
pues su corola amarillenta y mustia
tristezas y pesares simboliza.

Es una flor, hermana de las tumbas,
cuyo amoroso amparo solicita,
quizá por reflejar más á lo vivo
el paréntesis frío de la vida.

Es una flor que siempre ha comtemplado
con religiosa turbación mi vista,
como buscando en su mudez la clave
que de la nada explique los enigmas.

Es una flor que entre su broche encierra
yo no sé que letal melancolía
que despedir parece en sus efluvios
como vagos suspiros de otra vida.

Es una flor de pétalos tan pálidos
que remeda una gélida sonrisa
del ángel silencioso de la muerte
de una siniestra fosa en las orillas.

Es una flor que hiela y que extremece
porque engendra el olvido en donde habita
su nombre no lo sé, ni lo he indagado:
yo la llamo por mí: flor amarilla.

Y sé que es una flor que acaso lleve
de los que abandonaron ya la vida
el último amoroso pensamiento
y la postrera lágrima bendita!

J. A. DOMÍNGUEZ.

NOTAS.

Día de difuntos.—Como un homenaje del sentimiento profundamente triste que conmueve nuestro corazón en este día, en que todos evocan la memoria de seres queridos que yacen en el seno de la muerte, y cuyo recuerdo es inolvidable, consagramos el presente número de "El Pensamiento" á ser un eco pálido pero doloroso de las conmociones íntimas que agitan nuestra alma, ante la celebración de los festejos fúnebres con que la sociedad entera viene á honrar los nombres de los que ya dejaron de ser sobre la vida.

Revestimos por eso las columnas de nuestro periódico con enlutadas márgenes; y simbolizamos del modo más expresivo nuestra consternación individual y nuestra participación en la elocuente y general tristeza de todos los verdaderos sentidores, haciéndonos intérpretes de sus más ocultos infortunios y de sus amarguras más recónditas. ¡Ojalá que "El Pensamiento," pueda llevar entre sus pliegues el consolador rocío de una lágrima que refrigere y devuelva á la vida mustios y adoloridos corazones que devoran en silencio todas las congojas!

Tipografía Nacional.—Tegucigalpa.